

sus *villas*, á expensas de la República, Ciceron se apresuró á mostrar su agradecimiento á Pompeyo haciéndole nombrar intendente de los viveras para lo cual el nuevo vencedor de los piratas, escogió quince lugartenientes, uno de los cuales era Ciceron. Por consejo de este, para oponerse á la banda de Clodio, armó Milon otra, y desde entonces todo era batallas en las calles y desórdenes donde quiera, sobre todo en el *forum*; de hecho empezaron á cesar los comicios. Mientras esto pasaba en la ciudad César llenaba á Roma y al mundo con el eco de sus proezas y con sus presentes magníficos; el botín de guerra no solo servía para colmar de espléndidos regalos á los funcionarios y hombres notables en Roma, sino para obsequiar con templos, con estatuas, con jardines á las ciudades del imperio, lo mismo en España que en Oriente, en Italia que en Grecia. Todo el mundo presentía aquella ambicion inmensa y unos la llamaban á realizarse con sus votos, otros la temían, los más se resignaban á ella de antemano. El problema se presentaba así: ¿estinguída la República, quién ha de ser el monarca, Pompeyo ó César? Hizo la fortuna que fuera el último; la posteridad ha confirmado plenamente el fallo de la suerte. Era de ver el espectáculo que presentaba *Lucca*, en donde César pasaba generalmente el invierno: aquello era una corte á donde acudían todos los grandes personajes del gobierno y de la oposicion. Ahí en el año de 56, se decidió renovar la alianza entre César, Pompeyo, lastimado por la sorda hostilidad del Senado y Crasso, que suspiraba por una gran campaña que lo pusiese al nivel de sus colegas y rivales. Se convino en que César sería prorogado en su gobierno por cinco años, con facultad de elevar á diez sus legiones y con promesa del consulado al acabar

su encargo y Pompeyo y Crasso se harían nombrar cónsules, asignándose la España el primero y la Syria el segundo, por cinco años cada uno.

No habia aun concluido el año de su consulado cuando Crasso partió para el Oriente. Estaba ahí Gabinio, sucesor de Scaurus, dejado por Pompeyo en Oriente y que vendia la paz y la guerra al mejor postor. Gabinio no le iba en zaga. Este se aprovechó de los disturbios que se multiplicaban en la familia que reinaba sobre los parthos, para emprender una expedicion contra ellos y habia pasado ya el Eufrates, cuando Ptolemeo Auletes compró su auxilio con 10,000 talentos para ser restablecido en el trono de Alejandria, contra la voluntad del Senado. Cuando quiso volver á su expedicion llegó Crasso. Este pasó desde luego el Eufrates, se hizo proclamar *imperator* por algunas ligeras victorias y en lugar de atacar á Seleucia y Babilonia, volvió á invernar á Siria, en donde mientras sus soldados perdian toda disciplina, él hacia pillar los templos, y entre ellos el de Jerusalem. Rehusando despues las ofertas del rey de Armenia y ansioso de llegar á Ktesifon la capital de los parthos, aceptó las ofertas de un *cheik* árabe que lo llevó por enmedio de un desierto en que todo faltaba á los soldados, á una emboscada, en que el ejército fué envuelto por una enorme masa de caballería, que hizo inútiles las armas de los legionarios.

El jóven Publio Crasso, que tanto se habia distinguido en las Galias, pereció ahí haciendo prodigios de valor. Por la noche el ejército romano se retiró á Karrha, descansó ahí algunas horas y salió luego; los parthos lo seguian de cerca. Su general (*Surena*) propuso á Crasso, que habia quedado sumido en un estupor profundo, una entrevista; el procónsul aceptó y él y su escolta fueron degollados. (53)

Cassius, el futuro asesino de César, reunió los restos del ejército, rechazó á los parthos y casi sin soldados salvó la Syria; su sucesor Bibulo, se dejó, sin embargo, sitiado en Antioquia y Ciceron, que ejercía entonces el modesto proconsulado de Kilikia, de un modo intachable por cierto, se vió también amenazado por los parthos (51).

Entretanto Pompeyo pronto, á partir para España, segun decia, acampaba á las puertas de Roma, con el alma ulcerada por los desdenes del Senado y por la gloria de César, cuya figura se iba agigantando en el horizonte, y avanzaba entre una aureola fulgurante de gloria y de génio. Para conservar su popularidad daba juegos magníficos al pueblo, mientras todos los puestos públicos se vendian y compraban públicamente en Roma, á pesar de las protestas de Caton, que regalaba al pueblo con rábanos y con higos, mientras los otros derramaban el oro á torrentes sobre su cabeza.

El año de 53, no pudieron celebrarse las elecciones de los cónsules y Pompeyo fué declarado *interrex*; el año de 52 tampoco hubo elecciones, durante varios dias las bandas de Milon y de Clodio se batieron en las calles, y Clodio fué degollado de órden de su adversario. El pueblo loco de furor, hizo de la Curia en que se reunia el Senado, la pira del demagogo muerto y el tumulto tocó á su colmo. La anarquía habia llegado ya; Caton lo comprendió así y deponiendo su republicanismo en aras del órden público, hizo nombrar á Pompeyo, cónsul único, con facultades omnímodas; así, pues, todas las clases, todos los partidos, declaraban tácita ó expresamente que la tranquilidad social estaba vinculada al gobierno de uno solo. Además, el acontecimiento era grave por otros motivos. Desde la muerte de Julia, hija de César y mujer de

Pompeyo, el lazo íntimo que unia á los dos triunviros, el uno triunfante y lleno de gloria, el otro cada vez más oscurecido y humillado, habia tendido á romperse; luego la muerte de Crasso acabó con todo elemento de equilibrio entre ellos y desde el momento que Pompeyo se convertia en el general del Senado, dominado por Caton y los enemigos de César, la ruptura estaba consumada. Las armas solo podian decidir cuál de los dos hombres ilustres obtendría el imperio.

En honor de Pompeyo la historia registra aquí un periodo de calma y de seguridad en el interior de Roma. Cuando salió del consulado lo dejó á Marcellus, enemigo personal de César (51). La aristocracia que veía en César el representante armado y victorioso de la democracia, se propuso desarmarlo primero y obligarlo á venir á Roma sin ejército y sin mando. Hizo en primer lugar que Pompeyo exigiese á César dos legiones que le habia prestado y que el procónsul devolviese y en seguida pretendió hacer un arreglo de las provincias, para privar de las suyas á César. Dos años faltaban aún á éste para terminar su encargo, cuando la oligarquía impaciente por luchar le mandó que se presentara en Roma. Un amigo de César, elocuente y bravo aunque corrompido, el tribuno Curion, propuso que se privara tambien del mando á Pompeyo y esta proposicion popular aplazó el asunto. César entretanto, terminada su obra en las Galias, bajó á la Cisalpina en donde recibió una ovacion inmensa. Marcelo volvió á la carga, tratando de destituir al general demócrata, pero Curion siguiendo su táctica habitual, propuso extender á Pompeyo la medida y la mayoría del Senado por pudor lo siguió. Fasciados de esta lucha los más exaltados de los oligarcas, acaudillados por

Marcelo, exigieron á Pompeyo, para proveer á la defensa de la República, que se pusiese al frente de las legiones existentes en Italia.—El nuevo dictador, despues de vacilar ó de fingir que vacilaba mucho, ántes de romper definitivamente con César, aceptó el encargo. César, hizo todavía por conducto de Ciceron algunas proposiciones de avenimiento, pero fueron desechadas. Lo que se habia querido á toda costa era la guerra civil; la aristocracia habia conseguido su objeto y la suerte iba á decidir. César pasó el Rubicon, riachuelo que servia de limite á su provincia y que no podia salvar sin violar la ley, el 12 de Enero de 49 a. J. C. (1)

CÉSAR.—*La guerra civil.*—No era como se ha creído una pura jactancia de Pompeyo, la de hacer brotar legiones del suelo italiano con solo un acto de su voluntad, realmente podia disponer de fuerzas numerosas en Italia y de gran popularidad desde el momento que aparecia como el defensor de la República y no como el pretendiente á la monarquía. Su excesiva prudencia, sin embargo, le obligó, apénas conoció las ventajas obtenidas por César en el *Picenum*, á abandonar á Roma, de donde salió con este motivo una verdadera turba de senadores y personajes distinguidos, dispuestos á seguir á Pompeyo. Este en union de Labieno, el mejor de los lugartenientes de César, que habia preferido, en cumplimiento de su deber, abandonar á su general antes que á la República, pensaba reunirse con las le-

(1) Ciertamente no faltan razones para demostrar, al contrario de Mommsen, que entre César y el Senado la legalidad estaba en el bando conservador, pero éste es un punto secundario para el historiador que tiene que considerar de un lado la degeneracion irremediable de la República y del otro á César, único hombre de génio capaz de convertir esta transformacion inevitable en provecho de la civilizacion humana. (V. *Le différend entre César et le Sénat* por P. Guiraud.—Hachette.—1879). F. de Coulanges opina que la cuestion que ha pretendido resolver M. Guiraud, es dudosa y esta es la verdad.

giones acampadas en Luceria y con ellas marchar al Picenum, su patria. Pero la desercion cundia en las filas pompeyanas, y cuando supo que César, engrosando siempre la pequeña division con que habia entrado en campaña, pues el resto de sus tropas estaba aún diseminado en las Galias, se habia apoderado de Corfinium, Pompeyo considerando la Italia perdida se embarcó en Brundisium (Brindis) á pesar de la vigilancia de César que habia ya puesto sitio á la plaza, y llegó con su ejército intacto á las costas de Grecia, sin que su enemigo totalmente falto de naves pudiera perseguirlo.

El empeño que manifestaba César en tener una conferencia con Pompeyo, para terminar la guerra civil, su religioso respeto á las propiedades, su clemencia con los vencidos, hizo caer ante el nuevo dueño de la Italia la resistencia de la gente pacífica, que esperaba una especie de Mario, que seguido de feroces multitudes bárbaras iba á establecer en Roma el reinado del terror demagógico. Más como era natural, su clemencia alentó la hostilidad de los aristócratas y de casi todos los que se ocupaban de política en Roma y por más que César se empeñó en que el Senado absolviera su usurpacion ó sirviese de intermediario entre él y Pompeyo, no lo logró. Haciendo á un lado, entónces, las fórmulas dejó en Roma á uno de sus secuaces, Lépido, se apoderó del tesoro público y salió para la campaña en España. «Voy, decia César, á combatir un ejército sin general; despues volveré á combatir con un general sin ejército.» Efectivamente, en España estaba al mando de Afranio y de Petreyo, el mejor ejército pompeyano, y César no podia marchar á Grecia y Asia en pos de su rival, dejando á sus espaldas las legiones de España; habria perdido la Italia sin remedio.

Dionisio Ahenobarbo, perdonado por César, sublevó contra él á Massalia; se contentó éste con dejar tropas frente á la ciudad y continuó su marcha, reuniéndose á sus legiones de las Galias, en las que abundaban los germanos y los arqueros iberos y ligures, y ocupando ántes que los pompeyanos, los pasos de los Pirineos; Afranio y Petreyo se situaron entónces en Ilerda (Lérida) en una fuerte posicion á orillas del Sicoris (Segre); despues de tres meses de operaciones más ó ménos felices, en que los pompeyanos estuvieron á punto de capturar el ejército de César, éste logró cortarles la retirada hácia el Ebro, envolverlos y hacerlos capitular (Agosto de 49.) A poco el resto del ejército, mandado por el célebre espoliador Varron, capituló también. España era de César.

A su vuelta de la península se presentó frente á los muros de Marsella, que gracias á las operaciones navales de Decimo Bruto, el almirante de César, se veía reducida á la última extremidad.—Una vez tomada, la trató con clemencia y para asegurar la alimentacion de Roma, pensó desde luego en posesionarse de las provincias del trigo, Cerdeña, Sicilia, el Africa. Curion, encargado de esta expedicion ocupó la Sicilia, pero despues de un brillante comienzo en Africa, fué enteramente destruido por el rey de Numidia, Juba, que era en cuerpo y alma de los pompeyanos. La pérdida de un hombre como Curion, debió ser más sensible al *imperator* que la temporal del Africa. César investido ya, gracias á Lépido, con el carácter de dictador, á su paso por Roma tomó algunas medidas equitativas para mejorar la situacion de las víctimas de la usura, pero sin abolir las deudas como muchos lo esperaban, por lo cual gran número de demagogos se pasaron al campo de Pompeyo (v. Sa-

lustio) á donde también habia llegado un nuevo grupo de aristócratas emigrados, que creyeron perdido á César en España; entre ellos se hallaba Ciceron.

Antes de partir para Grecia, César, concedió á sus fieles cisalpinos el derecho de ciudadanía, depuso la dictadura, se hizo nombrar cónsul con Servilius I sauricus y cuando hubo organizado así aquel espectro de gobierno republicano, salió para Brindis. Pompeyo tenia su campamento en las costas del Epeiro, junto á Dyrrachium (Durazzo) y sus escuadras eran dueñas absolutas del Adriático. César con una decision que hace más honor á su arrojo que á su prudencia militar, pasó (49) con quince mil hombres el Adriático, burlando la vigilancia de Bibulus el almirante pompeyano y se apoderó de algunas poblaciones de importancia, de Apolonia entre otras. Marco-Antonio pudo pasar algun tiempo despues con otras legiones y entónces emprendió César, la empresa imposible de circunvalar á Pompeyo, aislándolo de Dyrrachium. Despues de cuatro meses de trabajos inmensos, fracasó, fué batido, perdió sus mejores tropas y tuvo que marchar mas al Este en busca de mejor campo de batalla. Los pompeyanos dieron por ganada la partida y toda aquella multitud de emigrados, lo mismo los que componian en Thesalónica el senado pompeyano que los jóvenes nobles que vivian bajo tiendas suntuosas en el campamento, estaban impacientes de concluir.—Pompeyo, que no habia sabido perseguir á su enemigo movió su ejército abigarrado en donde se hablaban todas las lenguas del Oriente y marchó á Thesalia en busca de César. Este acampaba junto á la ciudad de Farsalia: ahí se dió la batalla. El ejército cesáreo era muy inferior al de Pompeyo; este cifraba toda su esperanza en su